

do en su propia obra que le resulta difícil ver más allá de sí mismo. Por estar implicado en el arte de una manera casi total, su juicio es parcial siempre. El crítico merecedor de este nombre tiene una visión más amplia y general. ¿Cómo olvidar que Baudelaire, que Diderot, que Wolfflin, que Elie Faure, que Eugenio d'Ors, que Ojetti, fueron exclusivamente críticos de arte?

Alguien que exaltaba ante don Ramón María del Valle Inclán la sapiencia de un comentarista musical, añadió como reforzando el elogio: «Además es un notable compositor». Ante el alegato, don Ramón dijo: «Eso es como si los lagartos, por el hecho de serlo, tuvieran que saber Historia Natural».

<https://doi.org/10.29393/At231-128DPAR10128>

La dignificación de lo popular

Waldo Vila ha expuesto en la sala de la Universidad un conjunto bastante heterogéneo de obras. ¿Se plantea el autor alguna interrogante estética? ¿Sabe cuál es su ruta? Difícil sería contestar ambas preguntas. No creo yo, sin embargo, que Vila sienta otro imperativo avasallador que esté fuera de la satisfacción de su anhelo de belleza.

Hay en estas telas de tan varia y distinta condición estética una caprichosa dualidad que funde con acierto lo popular—fiel trasunto de la vida, reflejo de actividades cotidianas—con lo artístico, que es selección de elementos significativos, para insuflarles la gracia del arte.

El pintor Waldo Vila capta—con sorprendente acuciosidad siendo un diletante—aquella expresión popular y la decanta en normas sintéticas, prescindiendo de lo superfluo: deforma y traza ritmos con el arabesco lineal, manteniendo una cohesión dinámica en la que todas las figuras de la composición están enlazadas férreamente. Sus obras son pues, un proceso de síntesis estilística con lo cual no hace más que seguir el ejemplo de los grandes decoradores, sean éstos barrocos, como Rubens, o idealistas neoclásicos como Chassériau, que además—y por eso son grandes—hicieron arte popular en el sentido más auténtico.

Veamos el proyecto mural *Chile primitivo*. Aquí están presentes algunas de las mejores condiciones del autor. Un tema que en otras manos habría adquirido un aire monótono y amañado surge pleno de vigor estético. Vila aprovecha un tema autóctono y lo enriquece con la reversión a lo universal, es decir, a su primitivo estado virginal.

La pintura de Pablo Vidor

Podemos señalar en el conjunto expuesto por Pablo Vidor en la sala del Banco de Chile dos direcciones posiblemente opuestas. Opuestas en el sentido del camino que ambas recorren pero no antagónicas, por cuanto llevando las cosas a su conclusión máxima podríamos afirmar que las dos se complementan.

Pablo Vidor es un artista de raíz y de formación europea. Tiene por ello, no sólo la psicología de un europeo, sino también y preferentemente los caracteres formales que derivan como es indudable y necesario de la formación técnica. A esta circunstancia de europeo—mejor aun de centroeuropeo—se debe la primera dirección. La que imprime a su obra la característica más acusada. La que da su pintura los tonos opacos y la preocupación por realizar unas telas sujetas imperiosamente a las reglas escolásticas.

Pablo Vidor, en la primera etapa que hemos señalado, sigue fielmente las características raciales. Su obra propende a la exaltación de los valores absolutamente pictóricos y constituye de esta manera una magistral lección de artesanía.

Ya en Chile, Vidor ha sentido el influjo de este medio ambiente. En primer lugar se inclina al imperativo del paisaje como asunto de un cuadro. Se hace pues más épico y objetivo. Su paleta encuentra tonos calientes, gamas sostenidas y vibrantes y llega así a la segunda etapa en la cual su personalidad se libera.